



(Toma de la Bastilla.)

## LA BASTILLA.

Fortaleza que defendía la entrada de París por el barrio de San Antonio.

En la edad media se daba el nombre de *bastida* ó *bastilla* á las puertas fortificadas y á las fortificaciones pasajeras elevadas fuera de las murallas de una plaza para el ataque ó para la defensa.

La primera puerta fortificada fué elevada por Estéban Marcel, preboste de los mercaderes, en el sitio que hemos indicado; estaba defendida por los lados por una *bastilla* ó pequeño torreón de escasa importancia.

Carlos V, que habitaba el palacio de San Pablo, poco distante de esta puerta, deseando preservar su morada de un ataque súbito, mandó que las fortificaciones existentes se construyesen de nuevo bajo un plan mas vasto. Hugo Aubriot, preboste de París, puso su primera piedra el 22 de abril de 1570. Concluidas estas obras en 1582, y habitado el palacio por el rey, se encontró en un estado de defensa respetable. Tal es el origen de la Bastilla.

Esta fortaleza no tuvo en un principio mas que dos torres, la del *Tesoro* y la de la *Capilla*, entrambas aisladas, y cada una de las cuales defendía uno de los lados del camino que conducía á París. Pronto se elevaron otras dos detrás de estas, que se denominaron después de la *Bertaudière* y de la *Libertad*. Había que pasar por estas cuatro torres para entrar en París. En 1583, Carlos VI hizo levantar otras cuatro, que fueron reunidas por murallas de ocho piés de espesor.

Otras nuevas fortificaciones elevadas en 1533 por Enrique II, se terminaban en 1539. Estas últimas obras consistían en una cortina defendida por torreones rodeados de fosos anchos y profundos.

Al mismo tiempo que se hacían algunos reparos indispensables en 1634, se añadían otras fortificaciones al castillo, cuyas dependencias se ensanchaban también. En el reinado de Luis XV se construyeron allí muchos edificios para habitación del personal del estado mayor del gobernador.

Esta inmensa fortaleza presentaba un paralelogramo desfigurado por las dos torres del medio, que formaban un arímetz. Se entraba en

ella por una puerta que daba á la calle de San Antonio. Las ocho torres almenadas de que estaba guarnecida se encontraban colocadas:

Por la parte de la ciudad:

- 1.º La del *Pozo*, que tomaba su nombre de un pozo inmediato, destinado al servicio de las cocinas.
- 2.º La de la *Libertad*, cuya etimología se ignora.
- 3.º La de la *Bertaudière*, del nombre de un prisionero que en ella estuvo encerrado.
- 4.º La de la *Bazinière*, porque Mr. de la Bazinière estuvo mucho tiempo detenido en ella.

Por la parte de afuera:

- 1.º La del *Rincon*, llamada así porque formaba el ángulo del edificio por el lado del campo.
- 2.º La de la *Capilla*, á causa de su proximidad á la capilla, que se encontraba bajo la bóveda de la antigua puerta de la ciudad.
- 3.º La del *Tesoro*, que tomó este nombre desde que Enrique IV hizo depositar en ella el tesoro de la corona, bajo la custodia del duque de Sully.
- 4.º La del *Condado*, así denominada por haber sido decapitado en ella el conde de Saint-Pol.

Cada torre, hecha para recibir cañones, estaba dividida en cinco pisos.

Entre los acontecimientos mas notables de que ha sido teatro la Bastilla, se pueden citar los siguientes:

En el mes de agosto de 1418, los Armagnacs se habían refugiado en ella, y fueron sitiados por los Bourguignons, que la ganaron después de bastante resistencia. Los prisioneros fueron asesinados por el pueblo, al tiempo de conducirse al Grand-Châtelet.

Cuando el 3 de abril de 1436 Carlos VII les ganó de nuevo á los ingleses la ciudad de París, todos los enemigos que se encontraban en esta se refugiaron en la Bastilla. Estaban decididos á defenderse vigorosamente, pero eran tan numerosos que al momento agotaron sus provisiones y se vieron obligados á capitular, retirándose mediante un gran rescate.

Atacada por los frondistas el 11 de enero de 1649, capituló el 13 del mismo mes después de haber sufrido cinco ó seis cañonazos. La guarnición se componía de veinte y dos defensores, todos soldados inválidos.

24 DE OCTUBRE DE 1832.



Se sabe que cuando el famoso combate de la puerta de San Antonio entre Condé y Turenna, el ejército del príncipe debió su salvación al cañón de la Bastilla que protegió su retirada á París.

En fin, la Bastilla fué sitiada por última vez el 14 de julio de 1789. Entonces fué el pueblo de la capital quien se encargó de hacerla capitular después de cuatro horas de combate. La antigua fortaleza fué demolida, y parte de los materiales que se sacaron de ella, sirvieron para la construcción del puente de la Concordia.

La Bastilla tenía también sus calabozos húmedos y oscuros, sus mazmorras donde se dejaban morir de frío y de hambre muchos presos. Se descubrieron en los meses de mayo y junio de 1790, cuando la demolición de esta fortaleza, esqueletos humanos encadenados que fueron transportados al cementerio de la parroquia de San Pablo.

La Bastilla, cuyas fortificaciones habían sido considerablemente aumentadas con objeto de poner á París al abrigo de un golpe de mano por parte de los Bourignons y de los ingleses, cambió de destino cuando cesaron los temores de la invasión, y se convirtió en prisión de Estado.

Se cuentan entre las principales víctimas que en ella fueron encerradas:

El condestable de Saint-Pol, acusado del crimen de lesa majestad, que entró en ella el 27 de noviembre de 1475, y en ella fué decapitado el 19 de diciembre siguiente.

Jacobo de Armagnac, duque de Nemours y conde de la Marche, decapitado en la plaza del Mercado el 4 de agosto de 1477 por crimen de alta traición.

En 1389, el parlamento fué conducido á ella arbitrariamente por Bussi-Leclerc, adicto al duque de Guisa, este temible jefe de la Liga.

El mariscal duque de Byron, que fué degollado en ella el 31 de julio de 1602.

El mariscal de Bassompierre, víctima del odio del cardenal de Richelieu, en 1631. Salió de ella á la muerte del célebre ministro. Cuando se presentó á la corte poco tiempo después, Luis XIII le acogió favorablemente y le preguntó qué edad tenía. El mariscal, que contaba entonces sesenta años, le contestó que solo tenía cincuenta, y habiendo sorprendido al monarca esta respuesta: «Señor, le dijo el hábil cortesano, yo suprimo diez años pasados en la Bastilla, porque no los he empleado en el servicio de V. M.»

El superintendente general de hacienda Nicolás Fouquet, acusado de haber percibido derechos injustos, fué encerrado en esta prisión en 1665.

El Máscara de hierro entró en ella el 18 de setiembre de 1698.

Voltaire el 17 de mayo de 1717, por haber publicado versos contra el regente y la duquesa de Berri (1).

El teniente general Lally-Tolendal en 1762, como acusado de haber perdido por su impericia los establecimientos franceses en la India.

El abogado Linguet entró en ella algunos años antes de la revolución de 1789. Ocupábase en escribir unas memorias contra el gobierno, cuando un día vió entrar en su calabozo un hombre de sospechosa catadura: «¿Por qué venis á distraerme?» le dijo con acento de cólera. «Caballero, soy el barbero de la Bastilla.» «Eso es otra cosa: entonces hacédmela el favor de afeitarme.» Y Linguet volvió á ponerse á escribir.

## O vota-fumeiro de la catedral de Santiago.

Tiene un santo Compostela,  
Y el rey de los incensarios  
Que de nave á nave vuela.  
VICTOR HUGO.—Orientales.

Si no lo lleva á mal el benévolo lector, vamos á colocarlo en medio de una espaciosa cúpula de ciento diez y seis pies de elevación, para seguir con la vista elevada al cielo, las violentas oscilaciones de un incensario colosal que rueda sobre las cabezas de la apiñada muchedumbre. Este incensario escende á las proporciones de una capilla, de una iglesia parroquial, de una abadía: necesita un templo de cincuenta y ocho grupos de columnas como la catedral de Santiago. Su rápida ascensión exige el arco bizantino: su templado descenso busca el pavimento de una iglesia de doscientos setenta pies de extensión.

Existe algo de misterioso, de simbólico y de solemne en este espectáculo religioso. El pavor descompone en nuestra imaginación sus líneas sombrías y aterradoras, y de la sorpresa pasamos al estupor, y del estupor al recogimiento, como se llega á la oración desde la desgracia, y al remordimiento desde la culpa.

Evoquemos los detalles misteriosos, las armonías íntimas y las creaciones melancólicas que comprende la verdadera fé, é interpreta el poeta ó el observador. Al través de la impertinente curiosidad del vulgo, fijemos nuestra mirada investigadora en el místico poema de la religión, como se descubre un paisaje de suave colorido detrás de un cristal embazado por la lluvia y requemado por el sol. Observemos esas líneas diáfanas y suaves, esos rasgos imperceptibles, esos acentos apenas articulados de un templo, donde se agrupan los cirios, las dalmáticas, los devotos, las campanas de la torre y los órganos del coro. La vista se deslumbra y el oído se impacienta: de la admiración al éxtasis no hay mas que un paso.

Son las nueve de una oscura y nebulosa mañana de invierno: la estación de las festividades religiosas y de las veladas familiares. El invierno es la estación del fervor. Se echa de ver una íntima relación entre la naturaleza que se desnuda de sus galas y los templos que se revisten de sus ornamentos. Los sentimientos religiosos y morales se concentran. Es la estación de *Noche Buena* y *Miércoles de Ceniza*. La declinación de la tierra evoca el recuerdo de la humana fragilidad. La melancolía estiende sus tímidas alas, humedecidas por los aguaceros de la tempestad. Orar en un templo, en cuyos cristales se estrellan las impetuosas corrientes de la lluvia que hierve en las junturas de las ventanas, equivale á celebrar la omnipotencia divina por medio de la oración: es el fervor religioso en medio de la sublime intersección del poder divino con la debilidad humana. Entonces una iglesia decorada ó una metrópoli suntuosa, se asemejan á una catacumba ó á la capilla de un buque: se adivinan las tribulaciones del martirio ó del naufragio.

Volvamos empero á la mañana de invierno, en la cual la niebla estrecha la población en un horizonte mas limitado que sus afueras. Las campanas de la catedral de Santiago pueblan el espacio de vagas y confusas armonías que el viento atrae y aparta como el eco del trueno en las vertientes de las montañas. El vendaval importuna en los pórticos del templo. La luz proyectada por las ojivas de la catedral es incierta y cenicienta como la del crepúsculo de la tarde. En la penumbra de las naves laterales se distinguen confusamente los devotos que pronuncian la oración de los vivos al lado del sepulcro de los muertos. Los obispos, acostados en su lecho de granito, asisten á la festividad religiosa con sus mitras en la cabeza y sus báculos en la mano. En vano la árida cal de los estúpidos revocadores ha enharinado las sagradas vestiduras: el sepulcro explica mejor la muerte, que la cuna representa la vida. El sepulcro no se cambia, no se ensancha: la cuna se transforma, se prolonga. El sepulcro es una frase, entre tanto que la cuna es solo una palabra. Entre las rejas que separan el coro de la capilla mayor se apiñan las damas con el atavío voluntariamente sencillez que emplean las españolas en los templos, sin apercibirse de que las trenzas de su pelo, recogidas con desaliño, y las miradas suaves de sus ojos abrasadores, han dado *Garcilasos* á la poesía y *Murillos* á la pintura. En derredor se reconocen algunos grupos de curiosos esparcidos en revuelta confusión. En medio de la iglesia humea el *vota-fumeiro* (1) de la catedral, asegurado por una maroma que pudiera servir de cable en una embarcación.

El origen de este colosal incensario se pierde en los remotos tiempos de la peregrinación á la catedral de Santiago. Su fundación ha sido compleja; la higiene se ha aprovechado de la liturgia. El pensamiento sacerdotal ha servido al pensamiento humanitario. Después del culto, compareció la salud pública. El dogma había colocado un sacerdote con el incensario delante del sepulcro del apóstol Santiago, como se reconoce en la *Historia compostellana* del siglo XII (2); el arte había esculpido en el siglo IX, por una de esas *licencias históricas* del escoplo ó del cincel, un ángel con el incensario en la mano sobre el árbol de la vida, en cuyo tronco se descubre la espiral aterrador de un áspid, como se reconoce en una de las puertas de la fachada de la *Platería*; la compasión, que era la higiene involuntaria de los hospitales y de las casas de reclusión, colocó un incensario colosal en el crucero de la iglesia para purificar el ambiente de la catedral, corrompido por las veladas de los romeros.

Del siglo IX al XV, los peregrinos eran recogidos bajo las galerías de la metrópoli. La iglesia servía de hospital. La caridad venía á buscarlos en el hospedaje de la religión. Esta remota costumbre se encuentra justificada por las siguientes cláusulas de dos documentos históricos. En la escritura de la cofradía de los caballeros cambiadores, año 857 de J. C., se encuentran estas palabras (3): «e das ganancias (se refiere á las del cambio) de monedas se pagasen é de noyte pusiessen cirios que

(1) *Vota-fumeiro* equivale en dialecto gallego á *echa humo*, paráfrasis vulgar que describe la palabra *incensario*.

(2) Esta miniatura, donde se ve el obispo Teodomiro con su cayado y un ángel con su incensario de una sola cadena, enfrente del sepulcro, con una pequeña cruz encima (el arco del apóstol), se ha copiado en la única edición de la *Historia compostellana*. (España sagrada del P. Flores.—Tom. XXI.)

(3) Huerta, *Anales de Galicia*, tom. II, lib. VIII, cap. XVII.

(1) Voltaire, que esta vez salió de la Bastilla el 14 de abril de 1718, fué de nuevo encarcelado en ella el 28 de marzo de 1726, y salió el 29 de abril siguiente.



alomeasen ante ó Apostolo aos peregrinos.» En el poder de los Reyes Católicos, al obispo D. Diego de Muros, para la fábrica del hospital de Santiago, año 1499 de J. C., se consigna (1) que «hay mucha necesidad de un Espital donde se acojan los pobres peregrinos é enfermos que allí vinieren en romería é por falta de tal edificio han perecido é perecen muchos pobres enfermos é peregrinos por los suelos de la dicha iglesia ó en otras partes».

De esta suerte, la catedral de Santiago servía de santuario religioso y hospital caritativo. Se buscó un medio de reparar las consecuencias de esta piadosa costumbre, y la religion ofreció las tradiciones de la liturgia, á las exigencias de la higiene pública. Hé aquí la fundación del *vota-fumeiro*: la religion y la higiene fundieron de mutuo acuerdo el colosal incensario de la metrópoli. El incensario alegórico del primitivo pórtico, pertenecía al artista: era una de esas *figuras retóricas* que el arte ó la poesía emplean en sus alegorías: el incensario religioso de la *Historia compostellana*, pertenecía al sacerdote: era una de esas tradiciones fervorosas del culto en su remota simplicidad. El *vota-fumeiro* del siglo XIII pertenecía á la peregrinación: mas tarde volvió á ser el incensario religioso del siglo XII.

El hospital real recibió desde 1492 á los peregrinos que venían en romería á visitar el sepulcro del apóstol Santiago. Desde esta época no dormían bajo las bóvedas de la catedral ni recibían las nuevas vestiduras en cambio de los haraposos vestidos que dejaban en un pylon, á cuya cruz habían dado nombre (2). La tradición deshizo la cadena secular de sus revelaciones para olvidar el remoto origen del *vota-fumeiro*, y este pensamiento gigantesco, realizado en los apartados días de la peregrinación europea, ha llegado hasta nosotros como el nuncio de las mas santas festividades de la catedral.

Hemos explicado el origen del colosal incensario de Santiago: resta ahora consignar sus gigantescas proporciones, describiendo á nuestros lectores los accesorios monumentales que corresponden á sus detalles. Mal se explicaria el rápido volteo de una campana mayor ó el movimiento acompasado de una péndula, sin explicar la torre ó medir la máquina. Nosotros tambien presentaremos á nuestros lectores las dimensiones de la cúpula de la iglesia, y describiremos la perspectiva que ofrecen las oscilaciones del *vota-fumeiro*, inundando de aromático incienso las prolongadas galerías de una metrópoli.

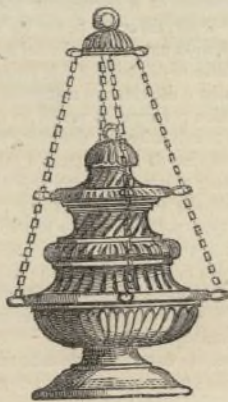
La catedral de Santiago, dividida en seis naves, dos centrales de setenta y cinco pies de elevación y treinta de ancho, y cuatro laterales de treinta pies de altura y quince de ancho, representa una cruz latina de doscientos setenta pies de longitud y doscientos cuatro de latitud. En la intersección del crucero con la nave mayor se levanta una cúpula octagonal, cuya fábrica ha tenido principio en 1584. Su elevación desde el pavimento á la clave es de ciento diez y seis pies, y su circunferencia alcanza á noventa y cuatro pies. Cincuenta y ocho grupos de columnas abren paso á las naves menores, en las que se encuentran veintitres capillas y una multitud de confesonarios con la advocación de los apóstoles, mártires y profetas, de manera que equivalen á una edición en madera del calendario romano.

Ocho prolongadas vidrieras decoran el cimborio de la iglesia, multiplicando los rayos solares en luminosas intersecciones que asemejan las tranquilas ráfagas de luz á toldos de telas metálicas colocados sobre el crucero de la catedral. El reflejo pálido y desfallecido de una mañana de invierno se cambia en purpúreo y candente reanimado por los rayos de oro y ocre pintados entre las cimbrias doradas que se agrupan en la clave, en la cual la mano del artista ha colocado el ojo augusto de la providencia, ejecutado con la vigorosa entonación que exige el colorido cuando se ocupa de Dios y se presenta lejos de los hombres. Los arcos torales sostienen una torneada balastrada con cariátides doradas, que hace practicable una de las vidrieras del cimborio, cuya puerta de hierro se abre sobre el tejado de la iglesia. De los cuatro grupos de columnas de la nave principal salen cuatro sustentáculos de hierro dorado sobre chapiteles sostenidos por capiscolos de ropaje tambien dorado con prolongadas chirimías en las manos. En medio de esta hercúlea armazón se descubre la cabria, en cuyos cilindros da vueltas la maroma del *vota-fumeiro*.

El viajero reconoce de una mirada el pensamiento atrevido y gigantesco de poner en movimiento un incensario, en la estension de doscientos setenta pies: aparte de las solemnes festividades, la inmóvil maroma explica las proporciones del *vota-fumeiro* como un zócalo ó un gallardete revelan una inmensa pagoda ó un navio de tres puentes (3). Si el benévolo lector agolpa en su memoria los detalles de la presente descripción, y por una de esas falsificaciones transitorias de

la fantasía, representa en su imaginación las oscilaciones de un incensario de seis pies de altura (4), á ochenta pies de elevación, recorriendo el espacio de doscientos setenta pies, agitado por seis ú ocho hombres que en sus movimientos acompasados se asemejan á los bomberos de un incendio, se anublarán sus ojos, sorprendido por la rugiente carrera de ese colosal brasero, que ya se remonta impetuoso y arrogante, saltando por los abiertos hierros de su plateada cúpula, las revueltas llamas que el viento enciende y apaga á la vez, como el reflejo de un incendio en el agua, ya desciende grave y reposado en medio de los oscuros torbellinos de humo que señalan su curso como el copo de hollín de una fragua amortiguada, ora parece en su descenso una campana que se desploma, ora se asemeja en su elevación á una granada de viva y encendida espoleta.

La procesion mitrada sale de la capilla mayor, y acompaña á la cabeza del segundo Santiago engarzada con las alhajas de la reina Doña Urraca y del arzobispo Gelmírez. La multitud se acerca á las rejas de la iglesia para observar al *vota-fumeiro*, que traspira en revueltos torbellinos de humo, como un lidiador que se inquieta para la lucha, exhalando de las concavidades de su pecho el ardoroso aliento de la impaciencia. De pronto sube á la altura de un guardia de la catedral que lo lanza trabajosamente al espacio como un ariete de quebradas fuerzas, y la muchedumbre abre instantáneamente un surco en el cual ensaya el incensario sus prolongadas oscilaciones. A medida que estiende sus movimientos cruzando sobre las cabezas del concurso, los grupos ensanchan la línea de su proyección, y cuando se remonta hácia los rosetones afligranados de la antigua metrópoli, la nave principal es desalojada por la concurrencia, y desde las columnas de las naves laterales sigue con la vista al gigante de greñuda cabeza, que se entrega á los sacudimientos de sus férreos músculos, haciéndolos recrutar como la armadura de los fabulosos y titánicos paladines de los *libros de caballería*. Las cabezas se adelantan y retraen á medida que el *vota-fumeiro* llega y se aleja, y al detenerse la procesion mitrada al lado opuesto de su salida para entonar los cánticos sagrados, su oscilación es rápida, fogaz, instantánea. Barre de un soplo la atmósfera. No se mueve, no oscila, esto es poco, vuela. Y su vuelo, ora rauda, ora altiva, es impelido por los movimientos acompasados de los seis ú ocho hombres que sujetan sus manos á los cordeles unidos á la maroma. A guisa de corcel desbocado se le contiene y refrena, á riesgo de que la escensiva tensión ó la escasa fuerza, estrelle contra las bóvedas ó las rejas de la iglesia al inquieto *vota-fumeiro*.



(Incensario antiguo de la catedral de Santiago.)

Y al través de los torbellinos de humo, de los reflejos de los cirios, de los ecos de los cantores, de las exclamaciones espontáneas de la

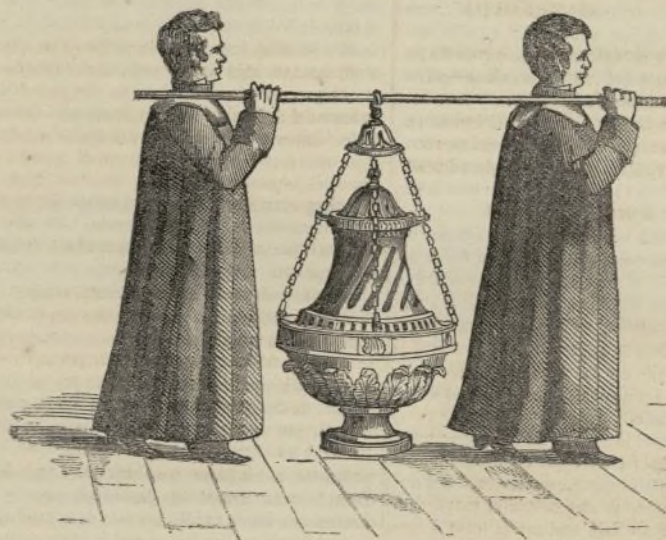
(1) El actual incensario fué construido en el año pasado por el laborioso artista Losada. Se compone de una cúpula de una vara y un cuarto, sobre la cual descansa otra segunda cúpula de una cuarta y media, que completan los seis pies de altura. Su circunferencia es de tres cuartas menos dos pulgadas. En la faja circular, de la que salen las cadenas que se reúnen sobre la cúpula superior, se han esculpido ocho pinos, cuatro con conchas doradas á fuego y cuatro con las armas de Santiago. El incensario antiguo, como se reconoce por la presente copia, aunque de diversa hechura porque representaba un brasero con rejillas boladas, á semejanza de los pebeteros moriscos, tenía las mismas dimensiones. El actual incensario es de latón plateado, así como el antiguo era de hierro. Se conserva la tradición de que antiguamente era de plata el *vota-fumeiro*, trayendo á cuento una remota fundación en la que se habla de *fumes é perfumes é foles na cabeça*, aludiendo al incensario y á las mitras de las dignidades que salen en las procesiones solemnes.

(2) Archivo del hospital.—Documentos de fundación de este establecimiento.  
(3) En dialecto gallego es conocida por *A cruz dos farrapos* (la cruz de los harapos).  
(4) En el resto del año, la maroma sostiene una pequeña lámpara, conocida por la *alcachofa*, que al decir de las gentes era de plata en otros tiempos, en la que se encienden cuatro velas en los días señalados en la antigua fundación de una de las casas solariegas de Santiago.



muchedumbre y de las oscilaciones del incensario, el oído recibe añejas armonías que evocan en nuestra imaginación los tiempos primitivos de la Iglesia cristiana. Las chirimías acompañan á los sochantres de la procesion. El filósofo ó el poeta retrocede á la edad média, y asiste á la antigua oración coreada por el pueblo. Las chirimías con-

servan los ecos de la madre que llora y del niño que grita. Sus acordes son onomatopéyicos en relacion con el concurso devoto de los fervorosos tiempos del rezo salmodiado por la multitud. Las chirimías son á la música de los templos, lo que el *papyrus* para la imprenta, la ojiva para la arquitectura y la vidriera iluminada para la pintura. Levantan



(Vota-fumeiro de la catedral de Santiago.)

del polvo de las edades los albores del Cristianismo. Tienen algo de las justas y torneos, porque se acercan á su eco las mesnadas fronterizas de moros y cristianos en briosos caballos y cubiertos de brillantes garzotas ó plateados almetes. Entonces el observador esplica la trasmision imperecedera del arte cristiano, hijo del dolor y artífice de la fé, pasando de la chirimía esculpida en el cimborio de 1584, á la chirimía de la procesion mitrada de 1852, sin echar de ver los escombros de cinco siglos que las edades apilaron entre la cornisa del siglo XIV y el músico del siglo XIX. El *vota-fumeiro* de nuestros días representa á la sazón el *turibulum* de la catacumba ó del claustro monástico.

Desaparece la procesion por segunda vez en las naves laterales, y el *vota-fumeiro* decae en sus movimientos, desfallece en sus oscilaciones: cualquiera diria que descansa de su infatigable carrera. Al comenzar el villancico de la *Soledad*, el mismo guardia que lo habia lanzado al espacio, detiene sus últimos pasos sobre la reja, como un domador vuelve á su jaula una fiera postrada por la lucha. Cuando el órgano responde con sus atronadoras armonías á los cánticos melancólicos de la procesion, que recuerdan la conmemoracion funeral, el *vota-fumeiro*, segun representa la lámina que acompaña á este artículo, es conducido entre dos guardias á la sala capitular, donde se muestra á los forasteros, encerrado en una caja de madera.

Terminaremos la presente descripcion de esta antigualla religiosa, digna de ser estimada como una invencion de proporciones extraordinarias, sin que alcanzase ser imitada dentro y fuera de España (1), al decir de los anticuarios y eruditos, con la siguiente relacion de los dias en que el *vota-fumeiro* recorre las naves de la catedral de Santiago (2). Dia 2 de enero, festividad de los Santos Reyes, Purificacion de Nuestra Señora, Anunciacion de Nuestra Señora, Dominica de Resurreccion, S. Felipe y Santiago, Ascension de Nuestro Señor Jesucristo, Aparicion de Santiago, Dedicatoria de la catedral, Dominica de Pentecostés, Natividad de S. Juan Bautista, S. Pedro y S. Pablo, Santísima Trinidad, el Apostol Santiago, la mañana de su octava, Asuncion de

Nuestra Señora, Natividad de Nuestra Señora, Festividad de Todos los Santos, Purísima Concepcion, Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, Traslacion del cuerpo del Apóstol Santiago.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago 13 de abril, 1852.

### EL ALMIRANTE D. FADRIQUE.

D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, fué un caballero prudente, cristiano, instruido, versado en diversos idiomas y ciencias, aficionadísimo á la poesia, y muy popular, por lo que diremos después.

Se hizo notable en su tiempo por las cualidades que acabamos de referir y por las obras de caridad que no cesó de ejercer, y célebre cuando fueron conocidas las preguntas en verso que dirigió á otro ingenio suyo, quien las contestó todas, en la propia forma y del modo mas satisfactorio, ocultando su nombre y titulándose solo *fraile menor*. Con efecto, parece que lo era de uno de los conventos de Valladolid, y lo que se sabe de cierto es que se hallaba tullido, casi siempre en cama, y padeciendo constantemente de gota y de mal de piedra; cuyas graves dolencias no le impedian, sin embargo, como él lo asegura y lo atestiguan sus curiosos trabajos, de satisfacer con prontitud y con un acierto y erudicion pasmosos, las dudas que sobre la Sagrada Escritura y materias teológicas, naturales y morales, le proponia de continuo el almirante D. Fadrique, en descifrar multitud de enigmas ó charadas que no cesaba de mandarle el mismo señor, y aun de componer y de dedicar á este nada menos que quinientos consejos ó proverbios, los cuales y las citadas preguntas y respuestas se imprimieron, con las licencias necesarias, en 1543, por Francisco de Alfaro, vecino de la entonces villa de Valladolid, en un grueso volúmen en folio, siendo muy raros los ejemplares que se conservan de esta obra, de la cual poseemos nosotros uno, que no hemos querido ceder por ningun precio á un extranjero que le codiciaba.

El D. Fadrique Enriquez hizo proposiciones de transaccion, en nombre de los regentes, al jefe de los comuneros Juan de Padilla, y desechadas que fueron, y cuando el conde de Haro se dirigia con sus tropas á castigar á los vallisoletanos por haber suministrado á aquel dos mil infantes, doscientos caballos y dos pasavolantes, victorioso y enorgullecido por la memorable batalla que el 23 de abril de 1521 ganó en los campos de Villalar, salió á recibirle el almirante, y por su poderoso in-

(1) En la obra ilustrada, publicada en París con el título de *Le moyen-âge et la renaissance*, se ha copiado únicamente un grande incensario de plata, perteneciente al siglo XIV, en la proporcion de dos terceras partes de su fabrica. Representa una cúpula gótica con un pequeño cimborio de seis lados, y sobre las ventanas del cuerpo principal descansa un encasamiento almenado, realizado por rosetones que decoran los respiraderos del incensario. A juzgar por las cadenas que presenta, era un incensario de mano, á semejanza de otro de cobre, copiado en la misma lámina y esculpido segun el gusto de la arquitectura gótica.

(2) En cada *Año-Santo* que tiene lugar, cuando el dia del apóstol Santiago cae en domingo, los dias 1.º de enero y 31 de diciembre se usa el incensario mayor en solemnidad de la ceremonia religiosa de abrir y cerrar la *Puerta-Santa* del jubileo compostelano.



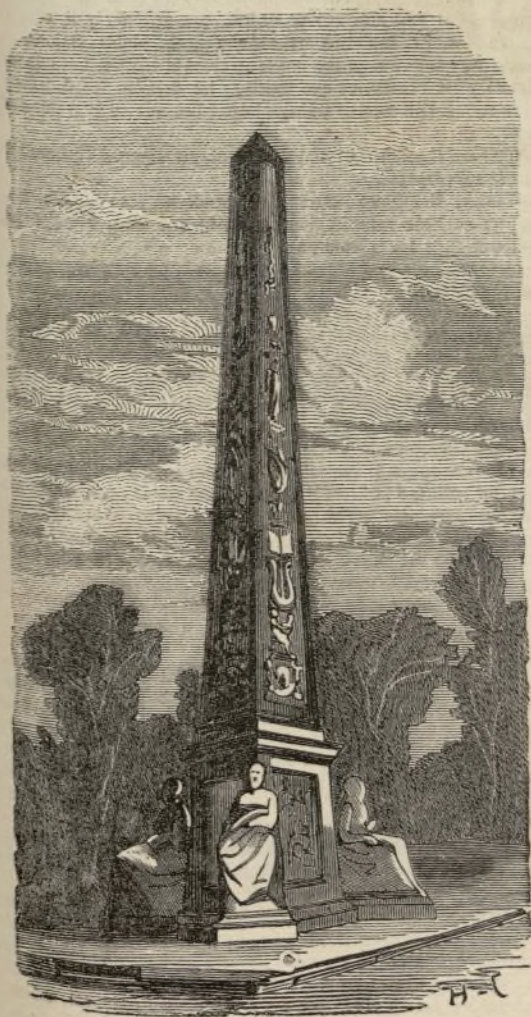
flujo se logró un completo perdon, que ratificó al año siguiente el emperador, y al cual aludía una lápida negra que los de Valladolid colocaron sobre la puerta de su casa de la plazuela de las Angustias, con el letrero que sigue:

Viva el rey con tal victoria,  
Esta casa y su vecino;  
Queda en ella por memoria  
La fama, renombre y gloria  
Que por él á España vino.

Año MDXXII (1).

El almirante D. Fadrique, segundo de este nombre, falleció en su villa de Rioseco el 9 de enero de 1538, y fué enterrado, sin pompa ni ostentacion, segun lo dispuso, á los piés de las sepulturas de la católica señora Doña Ana de Cabrera, duquesa de Medina y condesa de Mófica, y de la condesa de Melgar su hermana, en la iglesia del ex-convento de San Francisco de la propia villa, cuyos dos costosos edificios se habían construido á sus espensas.

REMIGIO SALOMON.



OBELISCO DEL MONUMENTO DE ENRIQUE DE LONGUEVILLE.

Este monumento, trasladado al museo del Louvre, es obra de Francisco Anquier. Fué elevado en memoria de Enrique I, duque de Longueville, que había mandado con distincion los ejércitos de Enrique IV, y que murió el 19 de abril de 1563.

(1) Esta lápida ha subsistido hasta que hace pocos años se sustituyó por la lacónica y prosaica de Diputación Provincial.

## UNA CITA EN EL ALBAICIN.

### GUADRO DE COSTUMBRES.

(Conclusion.)

II.

Son las ocho y media de la noche de un día de setiembre del año no sé cuántos: mas claro, media hora después de haber dejado en su casa á la aparecida en el Zacatin. Me parece que no empiezo mal, al menos no dirán mis lectores que no soy activo, ni que no me gusta aprovechar el tiempo. Vaya por el que se pierde (esto no lleva malicia) en novelas donde la accion del segundo capítulo pasa diez años después que en el primero, veinte después en la segunda y última parte, y otros treinta en el epilogo ó *ritornelo* ó lacayo que cierra el acompañamiento, y que el mismo autor llama *Treinta años después*, y que segun mis cuentas debe pasar entre los tataranietos de los que vivian en el primer capítulo.

Como en el mundo todo está compensado, como para uno que tiene el oficio de verdugo hay media docena que tienen la desgracia de hacer el papel de victimas; para uno que rie y es feliz, hay ciento que rabian y se desesperan; para un hombre de talento hay mil necios que de veras lo son, y otros mil que lo son aunque no lo parecen; para uno que es rey, principe ó emperador, hay muchos miles de hombres que se contentarian con tener los dias de fiesta, lo que de continuo sobra al perrito ó gato predilecto del susodicho rey, principe ó emperador; como para uno bajo hay otro alto, para una blanca otra morena; así tambien para novelas en que de un tomo á otro pasan años, hay otras en que de un capítulo á otro no pasan horas. Y hé aquí, en fin, esa unidad en la variedad, simbolo de la verdadera belleza.

Abro al instante otro párrafo, porque burla burlando no sé dónde iria á parar.

Como decia antes de tan desgraciadas digresiones, hacia media hora que había entrado en su casa del Albaicin la desconocida de la cita. Al presente, y no me pregunten VV. cómo lo sé, hallábase en conversacion animada con un personaje que es preciso presentar al lector, igualmente que el sitio de la conferencia. Empezando por lo último, aunque tal vez no debia ser así, diré que era un cuartito como de quince piés en cuadro, sin duda alguna la sala de la casa. Enfrente de la puerta de entrada habia una mesa de pino pintado, imitando á caoba, cubierta con un tapete de algodón blanco. Encima varias cosas que describiré por su órden, pues soy enemigo de todo barullo, y me gusta el órden en todo y para todo.

En medio se veia un Niño Jesus como de media vara de alto, teniendo en la una mano el mundo fajado y con una crucecita en la parte superior, y colgando del otro brazo, pues la mano estaba rota, un rosario negro y un escapulario. Tenia tambien roto el cráneo, y de él brotaba, á modo de jarron, un ramo de flores de trapo, bastante ajadas y descoloridas. A la izquierda del Niño una caja que parecia haber servido en otro tiempo para dulces, y á la derecha un gran tintero sin tinta, blanco, moteado de azul, gordo y rechoncho, y que parecia el brocal de un pozo, del que salia una pluma que debió ser blanca en otros tiempos cuando Dios queria, aunque ya parecia jaspeada por una porcion de motitas negras que no sé qué serian, pero que de fijo no eran de tinta. Al frente de esta linea y á manera de oficial ante su compañía, se divisaba un gran jarro de barro de Andújar, tapado con un tomo de *Maria ó la hija de un jornalero*, y que debia ser el del vino. Encima de la cabeza rota del Niño, clavado en la pared, habia una estampa de San Antonio, con marco; á la derecha otra del hijo pródigo, y á la izquierda un Santo Rostro, pegado con obleas. A un lado un balcon cerrado, y delante unas macetas de albahaca y marimónas. Frente al balcon una puerta sin puerta, adornada con unos flecos como los de la mesa, blancos, de algodón, y que daba paso á la alcoba que se perdia entre las sombras. Ya se me olvidaba: un gran velon de cuatro mecheros, pero que solo alumbraba con uno que habia junto al jarro tapado, y sin el cual iba á dejar á oscuras á mis lectores, siendo en este caso uno de los objetos mas importantes. Y obsérvese que en la sala del mundo suele acontecer una cosa parecida, con algunos entes despreciables y sin ningun valor real, pero que la combinacion de los sucesos les dan una importancia pasmosa, y llegan á hacerse hasta necesarios, como se hace necesaria en toda casa regular una pieza destinada para cocina, y aun otra ú otras para usos no menos imprescindibles y ejecutivos.

Volviendo á lo primero, esto es, al personaje con quien conversaba la susodicha (pues aun no sabemos su nombre de pila), diré que era un hombre como de treinta años, estatura regular, moreno, patillas negras, y componia su vestimenta un sombrero calañés echado sobre



los ojos, una blusa de verano ribeteada por el pecho, pero que dejaba ver un pañuelo atado al cuello y cogido con una sortija, y unos pantalones blancos sujetos por una faja encarnada. A primera vista parecía un mayoral de diligencias, como era en efecto.

Este se hallaba sentado en una silla alta echada sobre la pared y sostenida por los dos pies de atrás, y su muger, que sin duda era la que allí estaba, junto á él en una silleta baja y mirándole con cariño.

—¿Y al fin sales tú con el coche del lunes? dijo después de un breve silencio la desconocida.

—Sí, porque Agustín, que debió haber venido ayer, se ha quedado malo en Bailen, y no hay mas remedio, contestó el mayoral.

—¿Sabes, Manolo, replicó la muger, que me ha sucedido un suceso muy salao?

—¿Magdalena, qué ha sido? preguntó el mayoral algo sobresaltado, porque han de saber mis lectores que era celosillo el tal Manolo.

—Casi nada.

—Cuenta, cuenta.

—Si vieras el paquete que se ha empeñado en venir conmigo hasta casa.

—Sería uno que vi bajar cuando subía la cuesta é San Gregorio... pantalón blanco... de mi altura... un ceñorito.

—El mismo, Manolo. Querrás creer que me ha venido fastidiando desde el principio é el Zacatín, casi desde Bibarrambla?

—De veras? repuso Manolo, ya algo amostazado con estos descubrimientos.

—Caballito.

—¿No le dijiste que eras casada?

—No una, sino cien veces.

—Y con too eso...

—Como si no hubiera dicho nada. Aun me parece haberle oído decir que se alegraba de ello.

—Qué dices?

—Lo dicho,

—Y tú?...

—Le dije que mañana á esta hora volviese por aquí.

—Magdalena! exclamó el mayoral con voz de ira y arrugando sobremanera el entrecejo.

Magdalena también se puso en pié, y con muestras de gran confianza y con una tranquilidad que hacia resaltar mas la incomodidad de su marido, le dijo sonriendo maliciosamente:

—Ya lo sabrás todo; deja veo si la muchacha acabó de freir las papas con huevos que hemos de cenar; y salió de la sala.

—Cómo todo! exclamó su Manolo. Pues no faltaba mas... yo le ofrezco á ese señó paquete que si le cojo se ha de acordar de mí... habrá atrevido... como le llegue á pillar!...

A este tiempo entró Magdalena, y haciendo un movimiento de cabeza, exclamó:

—Ea, Manolo, ya está la cena. Mientras acabamos te contaré el fin de la aventura.

—Si, vamos, repuso el marido, á quien ya aguijoneaba la curiosidad.

Tomó el velon y el jarro, y se perdieron de vista torciendo hácia la izquierda, donde había otro cuartito.

Con esto me veo en la imposibilidad de contar aquí lo que entre los dos sucedería; pero si el lector tiene paciencia para llegar al fin de mi cuento, le ofrezco no ha de quedarse á oscuras, como quedó la sala del Niño Dios descalabrado y la mesa pintada del tapete de algodón.

### III.

Habían pasado veinticuatro horas desde mi encuentro con Magdalena en el Zacatín. Las ocho acababan de dar en el reloj de la catedral, y otros varios, como ecos suyos, repetían las ocho por diversos puntos de la población. La subida al Albaicín se me figuraba mas penosa que el día anterior, y era natural, pues entonces no me hacia parar mientes en ella, lo que me hacia parar y mucho los ojos en el garbo y gracia de la aparecida incognita; y ahora además el deseo de llegar á la cita me hacia creer los momentos cuartos de hora, pues dicen que el *el que espera desespera*, y yo esperaba tener un buen rato. Así no es extraño que la distancia se me hiciese mas larga y la subida mas ágría y trabajosa. Pero todo tiene término en el mundo, y también lo tuvo mi viaje. Llegué, llamé, me abrieron, y á poco nos hallábamos Magdalena y yo sentados uno frente á otro en la misma sala donde el día anterior había tenido efecto la conversacion que aquella sostuviera con el mayoral Manolo, y que ya conocen mis lectores.

—Ya ve V., amiga, que he sido puntual, exclamé dejando el sombrero sobre la mesa pintada.

—Sí señó. Há poco han dao las ocho en la catedral, y ya, ¿oye usted? está tocando la campana é la Vela (1).

—Jamás, continué yo, dejo de asistir cuando se lo ofrezco á una jóven tan linda y graciosa como V.

—Gracias, cabayero.

—¿Y no podría saber cuál es el nombre de V.?

—Sí señó, ¿por qué no? No es muy bonito, pero no tengo por qué ocultarle. Me llamo Magdalena.

—¿Magdalena! Me gusta mucho este nombre. Sin saber por qué, me se figura que quien se llame Magdalena ha de tener alma noble y buen corazón. Y la prueba está en V. misma. Sin saber que se llamaba así, desde que la vi escitó mis simpatías.

Magdalena calló, bajó los ojos sonriendo levemente, y se puso á hacer y deshacer maquinalmente nudos en las puntas de un pañuelo de seda que tenía en las manos.

Hubo un momento de silencio, y de nuevo le rompí preguntándola:

—¿Y de qué pueblo es V.?

—De Granada.

—¿Del mismo Granada?

—Sí señó. Nací junto á la Puerta Real, y allí viví con mi madre hasta que me casé.

—¿Y desde entonces la dejó V. sola?

—No señó. Tengo otra hermanita que vive con mi madre. Mi padre murió junto al Viso viniendo de Madrid. Era arriero, y le salieron unos ladrones. El, con otros arrieros que venían juntos, trataron de defenderse, y le dieron un tiro que le atravesó el vientre. Los robaron el dinero y las caballerías que traían, y los dejaron abandonados y casi en cueros. Con muchos trabajos llegó á Granada, y á los tres días murió.

Y se llevó el pañuelo á los ojos para enjugar algunas lágrimas que caían de sus párpados.

—Vamos, Magdalena, esclamé acercando un poco mi silla á la suya; ya no tiene remedio. Es una deuda que todos tenemos que pagar mas tarde ó mas temprano.

—A veces si una no se echara esa cuenta... pero no hay mas que tener paciencia.

—¿Tiene algun oficio su marido de V.?

—Es mayoral de diligencias.

—¿Y no tiene V. ningun niño?

—No señó. Tuve una niña, y se me murió del sarampion. Pero mucho deseo tener algun otro que me acompañe cuando mi Manolo está fuera.

—¿Son tan incómodos de pequeños!

—Si usted supiera lo que vale un hijo para una madre! Aunque una tenga que ponerse á pedir en la puerta de una iglesia, está contenta si ve dormido á su hijo sobre la falda y tiene un pedazo de pan que darle cuando se despierte y se lo pida. Así que no pido á Dios mas, pues á Dios gracias no me hace falta nada para pasar, qué un niño ó una niña. ¿Y usted será forastero?

—Sí, hace unos días he venido de Madrid.

—¿Se va usted pronto?

—No, pienso estar una temporada larga.

Esto no era verdad, pues dentro de ocho ó quince dias que tardaría en ver sus monumentos y cosas notables, dejaría la célebre ciudad de Boabdil. ¿Pero cómo se ha de decir á una persona cuyo afecto se desea un granjear, que dentro de poco trata de abandonarla y tal vez para siempre? Sería destruir con una mano lo que se levantaba con la otra.

—Por esto, continué yo, espero tener el gusto de verla á menudo, y lo que deseo es que V. sea franca y confiada conmigo, pues ahora y siempre debe contar con mi sincera amistad.

—¿Pero cómo he de creer que un zeñorito como V. quiera ser amigo de una pobre como yo, y que además no puede tener mas amigos que su marido?

—Me parece que en el hecho de dirigirme á V. sin que nadie me obligara á ello, demuestro que tengo gusto en ser su amigo. Tocante al marido, no tenga V. cuidado. En esto no hay ninguna maldad, pues segun su esposo de V. tendrá sus amigas, V. también puede tener sus amigos sin faltar por eso á la fidelidad conyugal. Además que su marido no necesita saberlo.

—Porque ya lo está! exclamó el mayoral saliendo de improviso de la alcoba.

Salté de la silla, y sacando un estoque que llevaba, me preparé á defenderme.

—Traidora! exclamé lanzando una mirada de despecho á Magdalena. ¿Qué quiere V.? continué dirigiéndome al marido.

(1) Como desde los campos de Granada no se oye el reloj de la catedral, hay en una de las torres de la Alhambra, llamada de la Vela, una campana que desde el toque de ánimas hasta el amanecer, da ciertas determinadas campanadas para la distribución de los riegos en la Vega.



—Poca cosa; y sin saber cómo, sentí su mano de hierro que me sujetaba el brazo con que empuñaba el estoque.

—Manolo! exclamó Magdalena.

—Magdalena, vete de aquí; dijo este.

Aquella salió, y quedamos frente á frente el mayoral y yo.

—Suelto V. ese baston.

—No quiero.

Y con la izquierda, en donde conservaba la otra mitad, le tiré uu golpe á la cara.

—¡Por Cristo! exclamó parando el golpe con la otra mano, y sacando en seguida una navaja.

—Si no tira V. pronto ese pincho, continuó, le he de abrir en canal.

Viéndome perdido tiré el estoque al suelo, que aquel recogió en el momento, y le dije con desden:

—En resumidas cuentas, V. qué quiere?

—¿Cuánto dinero trae usted?

—Ya comprendo todo esto, dije rabiando de ira al crearme víctima de un lazo para robarme. Saqué el dinero que llevaba y dije:

—Ya vé V., seis napoleones y unas pesetas.

—Deme usted cinco y quedese con lo restante, que de sobra tiene para cenar esta noche.

Se los di, y exclamé enseñándole el reloj:

—Ya ve V. mi reloj. Pero le ruego me le deje, pues le aprecio mas que si valiera al doble.

—Guárdese el reloj, que naide se lo ha pedido, prorumpió el mayoral con muestras de disgusto. Ahora coja el sombrero, repuso, y vengase conmigo.

—¿Adónde quiere V. que vayamos?

—Aquí cerca.

Cogí el sombrero, y ya salía por la puerta de la sala, cuando aquel me dijo:

—Que se deja usted el baston.

—Me es igual, contesté secamente.

—No señó, dijo aquel; y cogiéndole del suelo me le entregó. Ahora sígame usted.

—Vamos donde V. quiera.

Y salimos de la casa, no sin murmurar yo entre dientes, maldita sea la hora en que vi á esa pícara muger y en que tuve el capricho de acudir de noche á una cita en el Albaicín.

## IV.

Apenas salimos de la casa de Magdalena,

—Por aquí abajo, repuso Manolo.

—Hable V. claramente y pronto, respondí parándome en medio de la calle. ¿Adónde quiere V. que vayamos, y para qué? Lo que se le ofrezca puede decirme aquí mismo.

—Aquí no, contestó el mayoral. Y si no tiene V. miedo, sígame y calle.

—Nunca he temido á ningun hombre, respondí con acento de cólera, y comencé á andar bastante de prisa.

Bajamos la cuesta de San Gregorio y calle Calderería sin hallarnos á alma viviente. Al llegar á la de Elvira, oímos un largo silbido, señal de alerta entre los serenos de Granada, y á poco un prolongado «Ave Maria Purísima... las nueve en punto y nublado». Entramos en la calle Elvira, y ya por allí transitaban algunas personas, por lo cual, y al ver que nos dirigíamos hácia la plaza Nueva, no pude menos de decir:

—¿Por qué no vamos á la plaza del Triunfo? Allí estaremos mas solos, y puede V....

—Mejor vamos por aquí, dijo sin dejarme acabar.

—Calle y seguí adelante.

Ya se divisaba la plaza, cuando al llegar al refugio de mugeres y casa de caridad, dijo Manolo parándose en el umbral.

—Entre usted conmigo.

Es de advertir que en el zaguan de este asilo hay un pequeño retablo, siempre alumbrado, merced á la gran veneracion en que está por sus muchísimos devotos, y que casi siempre se halla alguno de rodillas ante su sagrada imagen. En aquella ocasion no habia nadie, por lo que pudo Manolo hablarme con mas libertad.

Me asombro crecia por momentos y llegó á su colmo cuando enseñándome los cinco napoleones que yo le habia dado poco antes, dijo echándolos en un cepillo de limosnas que allí se encontraba:

—¿Ve usted para lo que los queria? Para que haga usted una obra de caridad.

Quedé absorto y no sé qué palabras articulé, pero el otro continuó:

—Ahora recemos una salve á la Virgen, yo para darle á Dios gracias en tener una muger tan güena, y usted para que le preserve de desear la muger del prójimo, como nos manda el catecismo.

Rezamos una salve y salimos de allí, á cuyo tiempo entraba una mu-

ger muy tapada y que no me pareció de la clase ni edad de las santurronas, lo que confirmaba el modo y hora en que iba, cuando tan poca gente podía presenciar sus oraciones.

No bien estuvimos en la calle cuando por un movimiento espontaneo de mi alma exclamé:

—Perdone V., Manolo; le he ofendido con mi conducta y mis palabras, y hasta con mi pensamiento.

—¿Qué dice usted?

—Sí... llegué á tener á V. por un ladron y á Magdalena por...

—Por la muger mas güena que hay en el mundo, exclamó con satisfaccion el mayoral.

—Pero no me explicaria V.

—Sí señó... es muy fácil. Ayer noche, á poco de haber V. dejao á mi Magdalena, llegué á casa y toito me lo contó.

—Entonces esta venganza noble y virtuosa, es...

—To es de ella. Mira, Manolo, me dijo, mira lo que vamos á jaser para enseñar á este ceñorito; que tambien entre los probes hay gente honrada... Después... yo al pronto me incomodé... pero... luego determinó... que...

—Lo que he visto.

—Cabal.

—Tiene V. un ángel por muger.

—Sí señó, un ángel.

—Quiero ir, repliqué con decision, á dar gracias á Magdalena por la leccion que acaba de darme.

—No, ceñorito. Está muy lejos, y es tardecillo. Mañana es otro dia... y puede su mercé ir á mi casa cuando guste, como á la suya.

—Gracias, Manolo. Hasta mañana, y cuente V. siempre conmigo en cuanto se le ofrezca y pueda servirle.

—Muchas gracias, ceñorito, contestó Manolo dándome unas palmaditas en el hombro izquierdo.

—Pues hasta mañana.

—Güenas noches, y hasta cuando su mercé quiera.

Eché á andar, y volví la cabeza para contestarle:—Gracias, Manolo.

Este se dirigió hácia su casa, y yo hácia el Campillo, donde tenia la mia en la fonda de Vigarai.

## CONCLUSION.

Al dia siguiente fui, como le habia ofrecido, á dar las gracias á Magdalena. Esta y su marido me recibieron con suma satisfaccion.

Casualmente iban á almorzar, y se empeñaron en que los acompañara; pues yo no habia hecho aun sino tomar el chocolate. Accedi porque no lo tomaran á desprecio, y luego me alegré mucho de ello. El almuerzo consistió en unas magras con tomate del rico jamon de las Alpujarras, un gran plato de sabrosos boquerones, negro vino puro de Valdepeñas, y unas doradas uvas de Jaen.

Mucho pudiera decir á mis lectores acerca de lo que pasó por mi mente durante el almuerzo. Grande placer tengo cuando recuerdo aquella consabida sala, donde alrededor de una mesita baja, lejos del bullicio y falsedades de la alta sociedad, y entre dos pobres pero honrados artesanos, me sirvieron tan frugal y delicioso almuerzo. Aun me acuerdo del contento y risa, principalmente de Magdalena, al oirme recitar de sobre mesa las fáciles redondillas de la sabida y chistosísima *Cena jocosa* de Baltasar del Alcázar. Desde entonces y casi siempre que iba á su casa, me saludaba Magdalena con aquellos versos:

La mesa tenemos puesta,  
lo que se ha de cenar junto:  
las tazas del vino á punto,  
falta comenzar la fiesta.

lo que solia arrancarme un «gracias, hermosa Magdalena», que muchas veces oia su marido, acabando por preguntarme con el acento mas gracioso y hechicero, si el portugués seguia enfermo.

En fin, pues sino tenia mucho que contar, baste con decir que mientras estuve en Granada, casi todos los dias veia á Manolo ó Magdalena, pues cuando pasaban por el Campillo, rara vez lo hacian sin subir á mi habitacion. Al despedirme para Madrid, confieso que tuve un verdadero sentimiento en separarme de aquel feliz matrimonio, y especialmente de Magdalena, que segun mis pronósticos habia salido la criatura mas discreta y bella, y la mas honrada esposa que se puede imaginar, retractándose gustoso ante mí mismo de la maldicion que habia echado sobre las citas del Albaicín.

Antes de despedirme de mis lectores, quiero tambien decirles dos palabritas que acaso no vendrán á pelo, pero que nunca estarán de sobra.

Lejos de mí al escribir este cuento la idea de hacer unas memorias tan insulsas como casi todas las memorias, ó unos estudios morales



tan pobres y faltos de ingenio como los muchos que se ven por ahí sacar á la vergüenza, lejos de mí el empeño de hacer una novela donde demostrar mi corto saber, la feliz ó infeliz disposición de mi alma para escritos filosóficos, y el poco ó mucho talento que Dios se dignó concederme al echarme á este mundo. Nada de eso; mi objeto no ha sido otro que presentar un bosquejo, una acción loable y de la que se puede sacar alguna enseñanza, y principalmente el de entrete-  
ner algún momento de ocio y de llenar el tiempo que me sobraba des-  
pués de visitar la Alhambra y el Generalife, la catedral y los magnífi-  
cos sepulcros de los Reyes Católicos, la piadosa fundación del gran  
capitán, y la famosa cartuja donde los humildes hijos de S. Bruno  
pasaban su vida en el mayor ascetismo y recogimiento, comiendo  
ricas frutas y sabrosos manjares, y habitando moradas de mármoles  
de las célebres canteras de Granada, y separados de los profanos por  
puertas embutidas de ébano, caoba, concha, nácar, marfil y plata.

Mi objeto al tomar la pluma para trazar estos renglones, no fué  
otro que entrete-  
ner algunas horas, pues con un célebre poeta,

Yo con pasar mi tiempo me contento.

Mucho siento no poder ofrecer á mis lectores párrafos del género  
de los que brotaba la inolvidable pluma de Figaro, y de los que para  
regocijo de sus aficionados salen aun de tarde en tarde, bajo las firmas  
del ingenioso y dulce Fernán Caballero, y del no menos filosófico y  
profundo Miguel de los Santos Alvarez. Pero qué se ha de hacer, en  
la naturaleza cada cosa engendra su semejante, y así ¿qué otra cosa  
puede salir del pobre ingenio mío sino un fruto insustancial, agrio y  
áspero, como manzana arrancada del árbol antes de haber llegado á  
su madurez? Con el tiempo maduran las uvas, y con el tiempo madu-  
rará mi entendimiento, y entonces podré, ¡oh público ilustrado! ofre-  
certe algún tributo de su cosecha, que á ti te sirva de provecho y en-  
tretenimiento, y para mí sea de placer y vanagloria.

Y con esto y hasta que el tal día empiece á lucir, salud y Dios te  
guarde.

FRANCISCO VILA.

Granada, setiembre de 1832.

## RECUERDOS DE LA GRANJA.

Para ver correr las fuentes  
se va Madrid á la Granja;  
que las suyas son juiciosas  
y se están siempre paradas.

Solo á puras norias corren,  
solo á puras bombas andan,  
y todas piden Lozoya  
cual los niños teta y mama.

Tambien de Segovia llega,  
ciudad de Maricastaña,  
todo el lujo y la hermosura  
columpiándose en tartanas.

Sobre graves castellanos  
de orejas y cuatro patas  
encarnadas y amarillas  
van llegando *trasapardas*.

Son sus piés de perdigon,  
sus manecitas manazas,  
y su cuerpo es alcachofa  
en llevar faldas y faldas.

¡Cómo adorna aquella tarde  
el palacio su fachada  
con esfinjes y sirenas,  
mascarones y tarascas!

Y ¡cuál lleno de alborozo  
ve cruzar entre las ramas  
lo postrero de cien cofres  
que San Luis al aire saca!

Da principio el dios *Eolo*  
cuando un hombre se lo manda,  
y le mojan á soplidos  
de sus súbditos las caras.

Y en tanto que toma un baño  
por probar la *hidroterapia*,  
una fuente en escaleras  
hácia si la gente llama.

Con *Vertumno* habla *Pomona*  
y habla Duero con Adaja,  
y de gusto á todos cuatro  
se les van allí las aguas.

La *Carrera de caballos*  
hacia abrir bocas tamañas,  
que en Madrid no son tan buenas  
ni tampoco tan baratas.

Que allí corren entre polvo  
los *jockeis* de carne humana,  
y aquí entre agua las nereidas  
con Neptuno, Apolo y Palas.

Don *Perseo* da mandobles  
y furiosas cuchilladas  
á un horrible culebron  
que se come una muchacha.

Hoy *Perseos* habrá pocos,  
pero *Andrómedas* no faltan  
que permiten que las trague  
cuando el monstruo tiene plata.

Sigue luego el *Canastillo*  
hijo pródigo del agua,  
regadera de los tontos,  
protector de quitamanchas.

¡Cuál refresca los amores  
y recién peladas pavas,  
y cuál hace alzar el grito  
al que ye y al que se baña!

Van después las *Ocho calles*  
con sus dioses en estatuas  
(en Madrid, Puerta del Sol  
las de zánganos no faltan).

Ven, *Latona* hácia la corte  
con tus hijos y tus ranas  
á ayudar al pobre *Berro*  
y á la humilde *Mariblanca*.

Ven, en tanto que Lozoya  
se despide de Jarama,  
dirigiéndose á nosotros  
con sus truchas y sus algas.

*Acteon* desde su gruta  
ve bañándose á *Diana*,  
y aunque pasan muchos años  
no se cansa de mirarla.

Ella haciendo que no ve  
vuelve al mocito la espalda;  
que el no ver lo que no quieren  
es de feas y de guapas.

Quiere alzar la fama luego  
á las nubes mil hazañas,  
y como hay pocas ahora  
echa solo un chorro de agua.

Con la fama acaba todo,  
y si yo tuviera fama,  
mas de cuatro aquí dijeran:  
«¡qué talento el de Tejada!»

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.